

Manuel Fernández de la Fuente

EL MOLINO DE LA VIUDA

Zarzuela

en dos actos, original y en prosa

MÚSICA DEL MAESTRO

Francisco Alonso

Copyright, by the authors, 1924



M A D R I D
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, 24

1924



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T E O R R Ä S

N.º de la procedencia

5686.

EL MOLINO DE LA VIUDA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

EL MOLINO DE LA VIUDA

Zarzuela

en dos actos, original y en prosa de

Manuel Fernández de la Fuente

MÚSICA DEL MAESTRO

Francisco Alonso

Estrenada en el Teatro Novedades, de Madrid,
el 4 de noviembre de 1924.



MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1924

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
<i>Nicolasa</i>	Sra. Lacalle.
<i>Petra</i>	» Galindo.
<i>Consuelo</i>	Srita. Santoncha.
<i>La Tarántula</i>	Sra. Romero.
<i>Saturnino</i>	Sr. Aparici.
<i>Rufo</i>	» Gómez Bur.
<i>Garcla</i>	» Carrasco.
<i>Don Jesús</i>	» Monjardín.
<i>Terencio</i>	» Llobregat.
<i>Roque</i>	» Zaballos.
<i>Carmelo</i>	» Vilches (J).
<i>Mozo 1.</i>	» Roca.

Mozas y Mozos.

La acción en un pueblo de Aragón, época actual.

Todos vestirán como actualmente visten los aragoneses de los pueblos, menos Petra, Consuelo, Terencio y Don Jesús, que vestirán como los señoritos.

Derecha e izquierda del actor.

✓

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

ACTO PRIMERO

Habitación de paredes blancas de cinco lados o tabiques. El del foro tendrá en el centro una arcada grande que dejará ver otra habitación, que se describirá más adelante. A la derecha un tabique ochavado, con una ventana que se supone da al campo, y otro tabique perpendicular a la batería, en el que hay una puerta. A la izquierda otro tabique ochavado con puerta en el centro y otra pared perpendicular a la batería, en cuyo promedio hay un bargueño antiguo sobre una mesa de hierros cruzados. Varias sillas antiguas de cuero y una mesita y dos sillones de igual época. Pendiente del techo un farol antiguo con bombilla eléctrica, que se enciende a su tiempo. La habitación que se ve por la puerta del foro es el zaguán de un molino harinero—en ella y en la parte izquierda el arranque practicable de una escalera—. Al foro, puerta grande que da al campo y que luego ha de cerrarse con cerrojo y barra. Pilas de talegos de harina, etcétera, etc. La acción empieza al atardecer de un día de agosto.

PRELUDIO EN LA ORQUESTA

Durante él se oye cantar dentro la siguiente copla:

Voz (dentro). No está el valor de los hombres
en pelear sin ceder;
no es valor insultar y echárselas de matón;
el valor es sufrir en aras del deber.
No es valor insultar y echárselas de matón.
Sólo el valiente de veras,
es el que al fin sabrá vencer.

ESCENA PRIMERA

RUFO, CARMELO y ROQUE en el foro, vienen poco a poco al centro de la escena.

Hablado.

RUFO. Sus digo que no pué ser y que no pué ser.

ROQUE. ¿Pero ni tan siquiera un caiz?

867.8
T-553
V-90
725098

- RUFO. Ni tan siquiera. Tenemos molienda pa tó agosto y casi tó setiembre.
- CARM. En tiempos del tío Juan no se iba nadie de aquí sin moler.
- RUFO. Ni ahura tampoco.
- CARM. Pues ¿y nosotros?
- RUFO. Si no hacís otra cosa dende que habéis venío...
- CARM. ¡Gracioso! Te daba así...
- RUFO. Los del pueblo no sus habéis hecho cargo todavía que éste ha dejao de ser un molino de aldea pa convertirse en una fábrica de harinas por tó lo alto.
- ROQUE. ¡Y qué maquinaria tan complicá! ¡Miá que si nuestros agüelos levantarán la caeza..!
- CARM. ¡Toma! Se tendrían que ir también a otro molino.
- RUFO. ¡Es mucha viuda ésta! Apenas murió su tío y se hizo ella cargo de la casa, se trajo un ingeniero de Barcelona...
- CARM. Esa tó se lo trae de Barcelona.
- RUFO. Oye, ¿qué quies decir con eso?
- CARM. La verdá. ¿No se trajo también una hija?
- RUFO. La señorita Consuelo. ¡Pues no hace años!
- ROQUE. Muy cerca de quince.
- CARM. Y aquí pa entre nosotros: ¿Es cierto lo que dicen por el pueblo?
- RUFO. ¿Qué mientan por el pueblo?
- CARM. Que la señorita Consuelo no es hija de legítimo matrimonio.
- RUFO. ¡Habrá canallas! ¿Pues no saben que su madre es viuda?
- ROQUE. ¡Viuda, viuda...! ¿Y quién ha conocido al marido?
- RUFO. Aquí, nadie.

- CARM. ¡Pues entonces!...
- RUFO. ¡Alto, alto, que toas esas son calunias y na más que calunias! Doña Petra, la sobrina y heredera del tío Juan, dueño de este molino, hoy la viuda, como todo el mundo la llama, casó en Barcelona..., donde tuvo una hija: la señorita Consuelo, y cuando esa hija contaba poco más de cuatro años, se fué el padre a las Américas a buscar fortuna y allí murió.
- CARM. Tóos los padres y maríos que no han existío nunca, mueren en América.
- RUFO. Pues sin padres no pué haber hijos.
- CARM. Pero sin maríos sí.
- RUFO. Mira, tú eres un chismoso, y tós los del pueblo otros chismosos como tú.
- CARM. Y tú un mandria, a quien le voy a saltar las muelas.
- ROQUE. ¡Haiga paz!
- RUFO. Si estuviera aquí Saturnino, no te las echarías de matón.
- CARM. Ni ése, ni diez como ése, me asuntan a mí.
- RUFO. Pues cuando Nino se pone frenético y le entra la risa, sus echáis pa atrás todos los valientes.
- CARM. De feo que se pone.
- RUFO. Bien, bien; a la calle y basta de conversación.
- ROQUE. Nos iremos cuando nos dé la gana
- RUFO. Y a mí me da la gana de que sea ahura mesmo.
- CARM. ¡Pues a ver quién se sale con la suya! (Esgrimiendo la vara.)
- RUFO. ¡Saturnino, que quieren pegarme!
- CARM. ¡Bocón!
- RUFO. ¡Saturnino!

ESCENA II

DICHOS. — SATURNINO por la escalera.

- SATUR. ¡Azufaifa!; pero, ¿qué pasa aquí?
RUFO. Pasa, que éstos están ofendiendo al ama.
SATUR. ¿A la viuda? ¡Echalos a la calle, Rufo!
RUFO. ¡Si no se quién ir!
CARM. ¡Echáos, no!
RUFO. Anda tú con ellos, Saturnino.
SATUR. ¿Yo? Si no tengo pa un diente con este par de gurriones.
CARM. ¡Gurriones? ¡Ha dicho gurriones? ¡Lo espanzurro! (Tira la vara y saca una navaja.)
ROQUE. ¡Que no es pa tanto, maño! (Sujeta a Carmelo.)
RUFO. ¡Que ha sacao la navaja!
SATUR. (Que estaba de espaldas, por haberse vuelto como despreciando a Carmelo y Roque, gira sobre los talones y dando la cara a éstos rompe a reir como si le diese un ataque nervioso.) ¡Nava... ja, ja! ¡Ja, ja, ja, ja!
RUFO. ¡Que le ha dao, que le ha dao!
SATUR. ¿Dónde? ¿Dónde me ha dao?
RUFO. ¡Si digo que te ha dao la risa!
SATUR. ¡Ah, sí! ¡Me ha dao! ¡Ja, ja, ja!
RUFO. ¡Irsus, qué sus mata!
CARM. ¡En la carretera os aguardamos! (Se van él y Roque por el foro.)
RUFO. Pues sentarvos en un poyete, que pué que tardemos.

ESCENA III

SATURNINO, RUFO; a poco LA TARÁNTULA.

- SATUR. ¿Qué ícian de la viuda esos mandrias?
RUFO. Que no es viuda.

- SATUR. ¿Cómo no va a ser viuda si no tiene marido?
- RUFO. Lo que icen, es que no lo ha tenío nunca.
- SATUR. ¡Azufaifa!
- RUFO. Que la señorita Consuelo no es hija de legítimo matrimonio.
- SATUR. ¡Re-salvao!
- RUFO. Que es adulterada.
- SATUR. ¡Adulterada la señorita Consuelo, con aquel cuerpo de sirena y aquella cara de angel? ¡Amos, que se lo cuenten a otro!
- RUFO. ¡Hablar mal de la viuda!... ¡Canallas!
- SATUR. ¿Pero es que hay una persona más güena en tó Aragón?
- TAR. (Por el foro. Es una mujer que, sin ser vieja, pues no debe representar más de cuarenta años, está aviejada y abotargada, revelando toda ella, y sobre todo su nariz, que bebe el aguardiente por vasos de a cuartillo. Es además descuidadísima en el vestir y en el peinarse.) Maños, ¿habéis visto por aquí a la Nicolasa?
- SATUR. Güenos días, se icé.
- TAR. ¡Pa quien sean güenos! ¡Condenao día! ¡Así nos hubiera llevao a todos el demonio antes de amanecer!
- SATUR. ¿Y no bastaba con que se la hubiera llevao a usted sola?
- RUFO. ¡Que ya era carga, ya!
- TAR. ¡Pa bromitas estoy yo! ¡Maldita sea... la...!
- SATUR. ¿Qué le pasa a usted?
- TAR. ¡Qué me pasa, qué me pasa! ¿Pues no sus habéis enterao del robo de anoche?
- RUFO. ¿Dónde?
- TAR. En la iglesia.
- SATUR. ¡Re... salvao! Pues no sabíamos una palabra.

- RUFO. ¿Y ha sido cosa de importancia?
TAR. Por fortuna, no; algunas bandejas y coronas de metal blanco; la plata no pudieron dar con ella.
- RUFO. Esó es que su marido de usted cerró mal las puertas de la iglesia.
TAR. ¡Habló el buey...!
RUFO. ¡Oiga usted, tía Tarántula!
SATUR. ¡A ver si te pica, tú!
TAR. Mi hombre cerró bien la puerta, como se ha demostraó. Entraron por una ventana de la torre.
SATUR. Con una escalerica que se traerían a cuestas, ¿no es eso?
RUFO (Se ríe y también Saturnino)
TAR. ¡Sí, rierse, rierse, cacho de brutos!
SATUR. No vale insultar, ¿eh?
TAR. Subieron agarrándose a los alambres del pararrayos.
RUFO. ¡Re... salvaó!, como dice éste.
SATUR. Serían titiriteros.
TAR. El caso es que el señor Cura nos ha quitao las llaves de la iglesia y nos ha dicho que desalojemos la casa en el término de ocho días. ¿Sus paice eso bien? ¿Es ese el premio de tantos años de trabajos? ¡Maldita sea la ...! ¡Así se hunda el pueblo y nos muramos todos de repente!
SATUR. ¡Qué afán de que reventemos todos!
TAR. Y claro, tendremos que tirar ca uno por nuestro lao: mi marido a trabajar al campo, yo de asistenta o de lo que caiga y la Nicolasa de lavandera aquí o de sirvienta en Zaragoza.
RUFO. ¿Eh?
SATUR. ¿Cómo?
RUFO. ¿Há dicho usted que la Nicolasa a Zaragoza?

- TAR. O aquí de lavandera
SATUR. Justo: o a Zaragoza o al charco.
TAR. Y la muy perra no quiere salir del pueblo ni arrastrá.
RUFO. ¿De veras?
TAR. Y eso es que se ha enamorado de algún bestia de estos contornos.
RUFO. (Me parece que ese bestia soy yo.)
SATUR. (Lo de los contornos lo ha dicho por mí.)
TAR. Pero va a Zaragoza, ya lo creo. No sé si por su pie o en camilla; pero va.
RUFO. ¿Será usted capaz de pegarla?
TAR. ¡Anda éste! En eso estábamos; pero se me ha escapado de casa y aquí vengo a buscarla, porque aquí es donde la miman y donde la enseñan a leer, y a escribir, y otras laminerías por el estilo.
RUFO. Pues por el molino no ha venido hoy.
SATUR. ¡Ni aquí se atrevería usted a pegala!
TAR. ¿Cómo que no?
RUFO. En seguida iba a consentirlo la viuda.
TAR. La viuda, la viuda...; no vale poner motes.
SATUR. ¡Tía Tarántula!
TAR. ¿Quién ha conocido a su marido? ¿Quién ha visto la partida de casamiento?
RUFO. ¿Y eso es lo agradecida que le está usted por haberla educado a su hija?
SATUR. No pongas motes tú tampoco, que es hijastra.
TAR. Lo que han hecho aquí con la Nicolasa es llenarle de humo la caeza. ¿Pa qué necesita ella saber de letura, de escritura ni de bordaos?
SATUR. Pa no ser tan acémila como su madrastra.
TAR. ¡Oye, tú!

SATUR
TAR. ¡Ande usted a que la zurzan, señora!
¡Iré donde me dé la gana! ¡Maldita sea
la...! ¡Nicolasaaaa! ¡Así se hunda el
mundo y nos pille a todos debajo! ¡¡Ni-
colasaaaaaa!! (Se va foro.)

ESCENA IV

SATURNINO, RUFO; a poco CONSUELO.

SATUR. ¡Alla va esa carretilla!
RUFO. ¿Pero has visto qué cacho de caballería?
SATUR. ¿Cacho? ¿A qué llamas tú caballería
completa?
RUFO. Pegar a la Nicolasa...
SATUR. ¡A esa fegura de biscuitel!
RUFO. ¡A esa barrica de guirlache!
SATUR. No te relamas, maño, que esa barrica
de guir ache no es pa tú.
RUFO. ¡Anda éstel! ¿Pero no te has dao cuenta
de que el cernícalo de que se ha pren-
dao es este cura?
SATUR. Mintira. El cernícalo ese soy yo.
RUFO. ¿Te lo ha dicho ella?
SATUR. ¿Te lo ha dicho a tú?
RUFO. ¡Yo soy capaz de disputársela al lucero
del alba!
SATUR. Es que yo tengo más juërza y soy más
rozudo que el lucero ése.
RUFO. Eso está por ver.
SATUR. Amos a velo.
RUFO. A velo vamos.
(Se separan y se remangan los brazos como si
fuéran a pegarse.)
SATUR. ¡Acércate, cobarde!
RUFO. ¡Acércate tú, si eres hombre!
SATUR. ¡Del primer puñetazo te estozolo!
RUFO. ¡De la primer cabezada, al ciminterio!

- CONS. (Por la escalera.) ¿Pero qué voces son esas?
SATUR. ¡La señorita Consuelo!
CONS. ¿Es que os estáis peleando?
SATUR. Por la Nicolasa.
RUFO. Porque la queremos los dos.
CONS. ¿Y si ella no quisiera a ninguno?
RUFO. ¡Recontra!
SATUR. ¡Azufaifa!
CONS. ¿Por qué no se lo preguntáis a ella?
RUFO. Justo, y a quien Dios se la dé...
SATUR.. Al que ella dispree, que se tire a la cieca de caeza.
RUFO. Hecho.
SATUR. Pues ya puedes ir haciendo testamento.
RUFO. Hazlo tú.
SATUR. No tengo herederos.
CONS. Basta de discusiones. Y en señal de amistad, daros la mano en presencia mía.
RUFO. Misté que aprieta atrocmente.
SATUR. Quien bien te quiera..
CONS. Bueno; pero no aprietes demasiado.
RUFO. Ahí va mi mano.
SATUR. Ahí va la mía. (Los dos con las manos muy estiradas se restregan las palmas.) Me paice que no ti quejarás del apretón. (Se van los dos por el foro)
CONS. Pues, señor, mi novio se porta hoy. ¿A que pasa el día y no viene?

ESCENA V

CONSUELO y TERCENCIO.

Música.

- TEREN. Consuelico, lucero de la mañana.

CONS. De escuchar tus mentiras
no tengo gana.

TEREN. Consuelico del alma,
ya estoy aquí.

CONS. Váyase el muy ingrato
lejos de mí.

TEREN. ¿Ingrato me llamas?

CONS. Ingrato y perverso:
pues ya que te consta
que tanto te quiero,
que sólo a tu lado
la vida comprendo,
faltar todo un día
es darme tormento.

TEREN. Halagan tus frases
y ofenden a un tiempo.
La niña mimada
aplaque sus nervios,
que si hoy he tardado
decirle ya puedo
que pronto, muy pronto,
felices seremos.

CONS. Lo mismo me has dicho
tres veces lo menos
y yo te creía,
mas ya no te creo.

—
No me engaña tu labia
debo advertirte.

TEREN. Esta noche mi padre
viene a pedirte.

CONS. ¿Es verdá?

TEREN. Mirame, que mi cara
te lo dirá.

—
CONS. ¡Ay, yo no sé qué me pasa!
¡Ay, yo no sé lo que siento,

que de reir tengo ganas
y de llorar ganas tengo!

TEREN. Es que cual yo, vida mía,
ves otro mundo mejor.

LOS DOS. ¡Benditos sean benditos,
la juventud y el amor.

TEREN. Yo voy a ser
tu esclavo más rendido.

CONS. De la mujer
el rey es el marido.

TEREN. Han de envidiar
la dicha de los dos.

CONS. Es de esperar
que así lo quiera Dios.

TEREN. Ven junto a mí, vida mía;
ven que te cuente mi anhelo;
ven que me mire en tus ojos;
ven que respire tu aliento

LOS DOS. Juntos en vida por siempre;
no hay otra dicha mayor.
¡Benditos sean, benditos,
la juventud y el amor!

Hablado.

TEREN. Conque ya lo sabes, esta noche el acau-
dalado propietario D. Jesús Ortega, pa-
dre del abogado del ilustre Colegio de
Zaragoza...

CONS. Y juez municipal de esta Villa, D. Te-
rencio ..

TEREN. Tendrá el gusto de acudir al Molino de
la Viuda...

CONS. Con el exclusivo objeto de pedir a ésta
la mano de su bellissima hija Consuelo
para la referida lumbreira del foro.

TEREN. ¡Admirable! (Riéndose.)

- CONS. Y tan admirable.
TEREN. ¿Estás contenta?
CONS. ¡No faltaba más! ¡Lo esperaba, claro que lo esperaba, pero no por eso es menor mi alegría!
TEREN. Pues bendita seas y hasta mañana. (La coge las manos.)
CONS. (Soltándose.) ¿Cómo hasta mañana? ¿No vendrás tú con él?
TEREN. En estos casos es costumbre que se entiendan solos los papás.
CONS. Y se entenderán. ¡Ya lo creo que se entenderán! Los dos son muy buenos y no ven más que por nuestros ojos.
TEREN. ¡Qué felices vamos a ser, Consuelillo!
CONS. Tal creo.
TEREN. Hasta mañana, pues.
CONS. Hasta mañana.
(Se dan la mano y se va él por el foro.)

ESCENA VII

CONSUELO; a poco NICOLASA, LA TARÁNTULA, SATURNINO y RUFO.

- CONS. ¡Qué sorpresa tan grande para mi madre, y al mismo tiempo qué alegría!
(Se asoma a la ventana.) ¡Adiós! ¿Eh? ¿Qué dices? ¡Ah., sí! ¿Que no me incline tanto, que me puedo caer a la acequia? ¡No hay cuidado! Pero, en fin, me retiraré para que te tranquilices, ¡Adiós, adiós! (Se retira de la ventana.) ¡Qué bueno es y cómo me quiere!

Música.

- NICOL. (Dentro.) ¡Socorro, socorro!
CONS. ¿Qué ocurre, qué pasa?
TAR. ¡Soltarme! (Dentro)

- NICOL. ¡Socorro! (Dentro.)
CONS. Es la Nicolasa.
NICOL. ¡Ay, por Dios, Consuelo, (Ya en escena.)
ten piedad de mí!
SATUR. ¡Ojo, que da coces!
TAR. ¡Quietos!
CONS. ¡Aíto ahí! (Nicolasa se refugla detrás de Consuelo, y sale La Tarántula, a la que sujetan Nino y Rufo por un brazo cada uno.) A qué viene este escándalo quisiera yo saber.
TAR. La culpa es de esta peria.
NICOL. La culpa suya es.
TAR. O callas o te zurro.
NICOL. Yo puedo hablar también.
CONS. Pues hable usted primero (A La Tarántula.) y tú hablarás después. (A Nicolasa.)

I

- TAR. Esa esmirriá que ven ahí
es un castigo para mí;
porque la tengo que zurrar
por no gustale trebajar.
Ni quié lavar, ni quié barrer;
pero no se harta de leer,
y todo lo hace, ¡otra que Dios!,
marcando el paso del *fus-trós*.

—
El *fus-trós* la osesiona,
y cual si fuese una mona
va, cuando barre, bailando
con movimientos así.
Y *fus-trós* todo el día
para que rabie su tía
cual hoy aquí.
Y estoy ya cargá
de esta condená
que tan loca está.

II

NICOL. Esa mujer que véis ahí
es un verdugo para mí,
pues como burra y sin parar
me hace to el día trebajar.
Antes hebía peleón
y la dormia en el jergón;
mas aguardiente bebe ya
y por el baile ahora le da.

—
El *fus trós* la osesiona,
y cuando pilla la mona
va por la calle bailando
con movimientos así.
Y *fus-trós* noche y día
hasta zurrarme la arpia
cual hoy aquí.
Y estoy ya cargá
de esa condená
que a matarme va.

—
TODOS. El *fus-trós* la osesiona,
etc , etc.
(Bailan todos.)

Hablado.

TAR. ¡Embustera, mas que embustera!
NICOL. Pero si me tiene usted hecha una burra
de carga . . .
TAR. ¡Mentira! ¿Por qué creerá usted que le
da ahora?
CONS. Usted dirá.
TAR. Por peinase y lavotease todos los días.
NICOL. Ya ves tú qué pecado tan grande
TAR. Pues quien se limpia es que lo nesecita.
NICOL. Discípula de Pero Grullo.

- SATUR. ¿Y usted, cuándo se lava?
TAR. Cuando toda güena cristiana.
NICOL. Una vez al año, o antes si espera peligro de muerte.
SATUR. ¡Anda, pues le pasará a usted lo que a Rufo!
TAR. ¿Qué le pasa a Rufo?
SATUR. Que tié que lavase con papel de lija.
RUFO. ¡Mentira! Eso no lo uso más que pa los pies.
CONS. ¡A callar vosotros!
TAR. Y tú, arrea pa casa, que va siendo hora de cenar.
CONS. Déjela usted cenar aquí.
TAR. Eso; ella carne y su padre y yo patatas.
SATUR. Y mal guisás, ¿verdá usted?
TAR. Como me da la real gana.
CONS. Vamos, dela usted licencia, tía Tarántula.
TAR. He dicho que no ¡y no! Y cuando se me mete una cosa aquí dentro...
RUFO. ¿Dónde dice usted?
TAR. (Dándose golpes en la cabeza.) ¡Aquí dentro!
SATUR. ¡Anda, pues si suena como un melón!
TAR. ¡Quita tú de ahí, lambrijol!
NICOL. No me dejes marchar, Consuelico. Mira que me tiene hecha una lástima.
TAR. ¡Embustera!
NICOL. Fíjate qué verdugón me ha hecho en este brazo.
TAR. ¡Falso, falso!
NICOL. Y no te enseñe otro que tengo en salva sea la parte, porque están esos ahí.
SATUR. Por nosotros no te prives de enseñárselo
RUFO. Confúndela, maña.

- TAR. ¡Ea, ya me harté yo! A casa ahura mismo.
- NICOL. (Cogiendo una silla.) ¡Mire usted que cometo un madrastricidio!
- CONS. Quieta, Nicolasa.

ESCENA VIII

DICHOS.—PETRA por el foro.

- PET. ¿Qué sucede aquí?
- RUFO. ¡El ama! . . .
(Petra es una mujer de treinta y siete años, pues, como luego se dirá, se casó a los diez y seis, tuvo a Consuelo a los diez y siete, y Consuelo tiene en la actualidad veinte. Es, por tanto, una mujer en la plenitud de la vida, y no hace falta que tenga canas ni arrugas. En una palabra, no es una característica.)
- NICOL. ¡Ay, señá Petra, señá Petra; ampáreme usted!
- TAR. No la haga usted caso, que es una embustera.
- PET. Pero, tía Tarántula, todos los días lo mismo.
- TAR. ¿A qué se refiere usted?
- PET. A todo ¿Usted cree que se educa a los hijos pegándoles?
- TAR. Hijastra es, por desgracia.
- NICOL. Pa desgracia mía.
- PET. Pues si por ser hijastra le pega usted, peor que peor.
- NICOL. (¡Chúpate esa!)
- PET. ¿Cuál ha sido el motivo de la reyerta?
- TAR. Pues que con motivo del robo de aróche en la iglesia. . .
- PET. Les ha dicho a ustedes el señor Cura que desalojen la casa. . .

- TAR. Justamente. Y como el jornal de mi hombre da pa tan poco...
- PET. Quiere usted mandar a ésta a servir a Zaragoza, y ella se niega.
- TAR. ¡Pero usted es adivina!
- PET. Vengo de hablar con el señor Cura y con su marido de usted, y creo que todo se arreglará.
- NICOL. ¡Oh, qué buena es usted!
- PET. ¡Quita, zalamera!
- SATUR. (Y la tía bruja ni le da las gracias.) (A Rufo.)
- RUFO. (¡Le daba así...!)
- TAR. Bien, bien; pero esta chica no se pué pasar la vida sin hacer na; su padre está más viejo cada día, los alimentos se ponen cada vez más caros...
- NICOL. Se ha subido el aguardiente...
- PET. ¡Nicolasa!
- TAR. ¿Ve usted qué provocadora?
- PET. Tía Tarántula, lo que usted quiere es que Nicolasa se ponga a servir, ¿no es eso?
- TAR. Eso es, que sirva.
- NICOL. Pues si siguen las zurras, no voy a servir pa ná.
- PET. Calla. ¿Usted cree que en Zaragoza le darían más de tres duros de salario?
- TAR. Una cosa por el estilo.
- PET. Entonces, hágase usted cargo que ya está acomodada.
- NICOL. ¿Cómo?
- PET. Desde hoy te quedas en el molino.
- NICOL. ¡Viva doña Petra!
- SATUR. ¡Viva el ama!
- RUFO. ¡Viva!
- CONS. ¡Qué buena es usted, madre!
- TAR. ¡Hágala usted trabajar, eh!

- PET. Eso es cuenta mía,
TAR. Y no la consienta usted que lea esos libros que la deja la señorita Consuelo.
PET. Si se los deja mi hija, no pueden ser malos.
NICOL. Mire usted que se le va a hacer tarde pa cenar.
TAR. Ya, ya me voy.
SATUR. Muy bien hecho. Porque el aguardiente tiene espera, pero las patatas guisás, no.
TAR. Pues güas tardes y a ver cómo te portas. Y usted disimule. (Se va.)
PET. Vaya usted con Dios.
TAR. Y hasta otra. (Desde el foro.)
RUFO. Querrá decir hasta otra borrachera, ¿verdad?
SATUR. ¡Cá, tonto, si es la mesma! Las empalma.
PET. Y vosotros largo de aquí, que ya habéis estado bastante tiempo mano sobre mano.
SATUR. Rufo, sacude la pereza.
RUFO. Amos a sacudirla juntos. (Se van foro izquierda.)

ESCENA IX

NICOLASA, PETRA y CONSUELO.

- NICOL. Un sueño me parece que me haya usted sacao del purgatorio.
PET. Sí que es mala e-a mujer, sí.
NICOL. Prima hermana de Pedro Botero.
CONS. Pues toda buena acción tiene su recompensa, madre: prepárese usted a recibir una buena noticia.
PET. ¿Buena dices?

- CONS. ¿Le choca a usted?
- PET. Estoy tan poco acostumbrada a ellas...
- CONS. Pues ésta lo es seguramente.
- NICOL. ¿Estorbo?
- CONS. De ningún modo. Si tú también vas a alegrarte ..
- NICOL. Pues vengan, vengan alegrías, que ya era hora.
- CONS. La noticia es que esta noche, después de cenar, va a venir el padre de Terencio a pedir mi inano.
- PET. (¡Dios mío!) (Anonadada.)
- CONS. Se ha puesto usted pálida, madre.
- PET. La emoción. (Temblorosa.)
- NICOL. Justo, y que se acordará de su marido.
- PET. Sí, sí; eso es. (Reponiéndose.)
- CONS. ¡Pobre padre mío! ¡Mori tan lejos de nosotras!
- PET. Muy lejos, hija de mi alma, muy lejos.
- NICOL. ¡Pero quién les mandará a los hombres ser tan ambiciosos!
- CONS. Mi padre no se fué a América por ambición. ¿Verdad, madrecita?
- PET. Verdad.
- CONS. Se fué por cariño hacia nosotras, para que no careciésemos de nada. ¿No es eso lo que tú me has contado?
- PET. Eso es
- CONS. ¡Qué felicidad si estuviese hoy entre nosotras!
- PET. (¡Qué martirio, Virgen Santísima!)
- NICOL. Pues si no está él estoy yo. Y no se pongan ustedes tristes, que paice que he salido de un cimiterio pa entrar en otro.
- CONS. Tiene razón Nicolasa. Alégrese usted, madre. Digo, si no le disgusta a usted que me case con Terencio.

- PET. ¿Tú le quieres?
CONS. Sin él no comprendo la felicidad.
PET. ¡Pues por tu felicidad daría yo la vida!
NICOL. ¡Eso es una madre y lo demás es un cuento! ¿A que usted no ha bebido nunca aguardiente?
PET. Dios me libre.
CONS. ¿No le parece a usted que vayamos a cenar? Porque ya es tarde y don Jesús no puede tardar mucho.
PET. Bueno. Ven con nosotras, Nicolasa.
NICOL. No faltaría más. Yo con los criaos.
CONS. Anda, mujer.
NICOL. De ningún modo. Me estorba la servilleta y me hago un lío con el tenedor.
PET. Como quieras.
CONS. Hasta ahora
NICOL. Hasta ahora. (Se van Petra y Consuelo por la escalera de la segunda habitación.)

ESCENA X

NICOLASA; a poco SATURNINO y RUFO.

(En la escena anterior ha ido obscureciendo poco a poco, y casi al final Consuelo da vuelta a la llave de la luz eléctrica, que estará junto a la ventana, y se iluminan las bombillas del aparato colgante.)

- NICOL. ¡Qué contenta estoy! ¡Poder lavarme todos los días sin que me regañen! Pero, ¿por qué le tendrá mi madrastra tanta tirria al agua...? ¿Pues y a los peines? Yo en diez años no la he visto peinarse más que dos veces: el día que se casó con mi padre y otro que yo la rompí

un geranio en la caeza. ¡No se me olvida, no! ¡Lástima de tiesto!

SATUR. (Desde la puerta y uno a otro)) Sola.

RUFO. Completamente sola.

SATUR. ¿Amos a declararnos?

RUFO. Amos.

SATUR. Pero ca uno de por sí.

RUFO. Naturalmente.

Música.

SATUR ¡Nicolasa!

NICOL. ¿Qué me quieres?

SATUR. Saludate.

NICOL. Gracias, Nino.

RUFO. ¡Nicolasa!

NICOL. ¿Qué deseas?

RUFO. Saludate.

NICOL. Seis muy finos.

SATUR. Buenas tardes. (Medio mutis.)

NICOL. Buenas tardes.

RUFO. Buenas tardes. (Medio mutis.)

NICOL. Ir con Dios.

SATUR. } ¡¡Nicolasa!! (Volviéndose de pronto y cada
RUFO. } uno a un lado de Nicolasa.)

NICOL (Asustada.) ¡Qué animales!

¡Qué animales seis los dos!

RUFO. Quisiera ser palomo
como tú fueras
mi palomica.

SATUR. Quisiera yo ser burro
con tal que fueras
tú mi borrica.

RUFO. Risponde cuál te gusta.

NICOL. ¡Vaya por Dios!

RUFO. ¿Con cuál te casarías?
NICOL. Pues con los dos.

SATUR. ¿Con los dos a un tiempo?
Eso no pué ser.

NICOL. Con uno primero,
con otro después

RUFO Tú te estás burlando.

NICOL. Pues para escoger,
vuestras gracias
quiero saber.

Hablado.

SATUR. Pues ahora mismo vas a saberlas.

Jota.

I

SATUR. Yo levanto treinta arrobas
y me salto quince metros
y me bebo azumbre y media.

RUFO. Y se come un cerdo entero.

SATUR. Y trabajo como un negro.

Mires pa onde mires,
vayas pa onde vayas,
no hallarás un mozo
de tantas agallas.

Y en cuanto a caletre,
sé más que Merlin.

NICOL. ¡Tié una caeza
como un adoquín!

II

RUFO. Ni soy guapo ni soy feo;
pero tiro más a guapo:
ni soy sabio ni soy tonto...

SATUR. Pero tiras tú de un carro.

RUFO. Pero tiro más a sabio.

Mires pa onde mires,
vayas pa onde vayas,
de estos pantalones
se prendan las sayas,
pues soy un tinorio
de marca mayor.

NICOL. Mas pæce la estauta
del Comendador.

Hablado.

NICOL. Pues na, que seguis gustándome los
dos.

RUFO. Fíjate en algún detalle, mujer.

SATUR. Eso; fíjate en algún detallico.

NICOL. ¡Otra ideal!

RUFO. Venga.

NICOL. ¿Conocéis vosotros la historia del Cide?

SATUR. ¿Y quién era el Cide?

NICOL. Un tío muy valiente.

RUFO. Cuéntala.

NICOL. Pues, señor: érase un Conde muy bruto
que se llamaba Lozano, y que un día le
pegó una bofetada al padre del Cide en
plena Corte.

SATUR. Sería en pleno carrillo.

NICOL. No interrumpas, que es de mala educa-
ción. Y como el pobre era muy viejo
y no podía lavar la afrenta...

RUFO. Oye: ¿y qué es la afrenta?

SATUR. ¡La gofetá, tonto!

NICOL. ¡Si no calláis, nó sigol!

(Rufo y Saturnino se cogen los labios con los de-
dos índice y pulgar de la mano derecha, como
indicando que no vuelven a interrumpir.)

Y va el pobre agüelo, y ¿qué hace? Lla-
ma a sus tres hijos que ya eran mozos, y

- empieza a apretarles las manos a ver cuál de los tres era más hombre. Y va el primer hijo y se pone a gritar como una mocica.
- SATUR. Como éste.
- NICOL. ¡Cállese usted mal educado! Y va el segundo y se echa a llorar. (Saturnino señala con el dedo a Rufo, riéndose de él, y éste dice muy enfadado:)
- RUFO. ¡Mentira! ¡Yo no lloro!
- NICOL. ¡Qué educación tan bonita...! Y va el último, que era el Cide, y le dice al viejo: «O me suelta usted pronto, o sin reparar en que es usted mi padre, le atizo otra bofetá en el otro carrillo». ¿Qué os parece?
- SATUR. Que estaba peor educao que nosotros.
- NICOL. Pues el padre le abrazó llorando de alegría y le nombró su heredero y le contó su afrenta, y el Cide cogió su espada y se fué a lavarla.
- RUFO. ¿La espada?
- NICOL. ¡La afrenta, bárbaro! Y sin reparar en que el Conde Lozano era el padre de Jimena, su novia, ¡zís!, le cortó la caeza.
- SATUR. ¡Azufaifa!
- NICOL. Lo cual no fué inconveniente para que luego se casaran Jimena y el Cide.
- RUFO. Eso no es verdad.
- NICOL. ¿Por qué?
- RUFO. ¿Te casarías tú con el que matara a tu padre?
- NICOL. ¿Casarme? ¡Sacarle los ojos!
- RUFO. ¿Lo ves...?
- NICOL. Pero... ¿y mi madrastra?
- RUFO. ¡Re... salvao!
- SATUR. ¡Azufaifa!

- NICOL. ¡Maños, aquí tenéis a Jimena! ¿Cuál de vosotros es el Cide?
- LOS DOS. ¡Ese! (Señalándose el uno al otro.)
- NICOL. ¡Pues sí que me queréis los dos!
- SATUR. A mí es que me da pena que te moles-tes en llevarme cajetillas a la cárcel.
- RUFO. Lo mismo digo.
- NICOL. Bien, bien; pues ya elegiré yo con el tiempo.
- SATUR. ¿Pero a quién?
- NICOL. Al más valiente.

ESCENA XI

DICHOS.—DON JESÚS; luego PETRA.

- D. JES. ¡A la paz de Dios! (Por el foro.)
- SATUR. Adelante quien sea.
- NICOL. Buenas noches, don Jesús.
- RUFO. ¡Güas noches!
- NICOL. Voy a decir a doña Petra que está usted aquí. (Se va por la escalera.)
- D. JES. Que cenem a gusto, que no tengo priesa.
- RUFO. ¿Mucho trabajo, maños?
- SATUR. No falta.
- D. JES. ¿Qué tal la cosecha, don Jesús?
- RUFO. No hay queja.
- D. JES. Icen que este año va a haber hasta pa los pobres.
- SATUR. Y usted.
- RUFO. Pues también las viñas vienen güenas.
- SATUR. Hogaño va a andar más cara el agua que el vino.
- D. JES. Pues a beber vino nosotros y a dejar el

- agua para la tierra, que es la que más lo necesita.
- PET. (Saliendo a escena.) Bien venido por esta su casa, don Jesús.
- D. JES. Gracias, Petra.
- SATUR. ¿Manda algo la señora?
- PET. Nada: podéis iros a cenar.
- SATUR. Con permiso de la señora.
- RUFO. Güas noches.
- D. JES. Que aproveche, maños.
- SATUR. Se agradece.
- (Se van Saturnino y Rufo por el foro izquierda.)

ESCENA XII

PETRA y don JESÚS.

- PET. A sus órdenes, don Jesús. (Se sienta ella y luego él.)
- D. JES. Pues vamos al asunto y disimule usted mi franqueza, que en la verdad, dicha sin ánimo de ofender, no puede haber molestia para nadie.
- PET. Indudablemente.
- D. JES. Como usted no debe ignorar, se trata de que los chicos se quieren, y supongo que usted será tan gustosa por su parte como lo soy yo por la mía.
- PET. Supone usted bien.
- D. JES. La chica es merecedora por todos conceptos de ser la mujer de un hombre tan hombre de bien como mi hijo.
- PET. No podía ella soñar mejor marido.
- D. JES. Ni él mujer más de su gusto y del de su padre.
- PET. ¡Qué mayor satisfacción para mí!

- D. JES. Pero en este mundo, y aquí entra lo delicado del asunto...
- PET. (¡Fuerzas, Dios mío!)
- D. JES. No basta, como usted sabe, el propio valer. (Pausa.) Las faltas de los padres caen, desgraciadamente, sobre los hijos.
- PET. (Asiente con la cabeza, pero sin levantar la vista del suelo.)
- D. JES. A mí, como a todas las personas honrás de este pueblo, nos costa que si mujeres buenas hay en Aragón, usted es una de ellas.
- PET. Gracias, don Jesús.
- D. JES. La verdad no necesita agradecerse. Y sin embargo, no falta quien suponga en su vida de usted una mancha que, de ser cierta, destruiría la felicidad de todos nosotros.
- PET. ¿Se refiere usted a una especie calumniosa que respecto a mí ha corrido por el pueblo?
- D. JES. ¿A qué otra cosa podía referirme?
- PET. Sí, sí; tiene usted razón.
- D. JES. ¿Es Consuelo hija de legítimo matrimonio, Petra?
- PET. Sí.
- D. JES. ¿Y usted viuda?
- PET. Tal creo.
- D. JES. ¿Tal creo? Eso necesita una explicación.
- PET. Que voy a dar a usted ahora mismo. Yo, como usted sabe, nací en este pueblo, de donde mi madre, ya viuda, me sacó muy joven, llevándome a vivir a Barcelona, a causa de desavenencias habidas entre ella y su hermano Juan, el dueño de este molino, por cuestión de herencia. En Barcelona trabajamos

- mi madre y yo para ganarnos el sustento, y allí, pocos meses antes de dejar la pobre este valle de lágrimas, me casé con un comisionista llamado José García. Nació mi Consuelo a su debido tiempo, y reveses de fortuna obligaron a mi marido a buscar nuevos horizontes.
- D. JES. ¿Partió a América?
- PET. Sí; él partió a América, y yo, reconciliada con mi tío, regresé al pueblo, va para quince años, donde todo el mundo ha podido apreciar mi conducta.
- D. JES. Intachable, y hasta heroica. Usted ha hecho por el bienestar y la felicidad de su hija lo que muchos hombres no hubieran sido capaces de realizar.
- PET. Es favor de usted.
- D. JES. Es justicia. Pero no nos apartemos del fondo del asunto ¿Usted tendrá la partida de casamiento de usted y la de nacimiento de su hija?
- PET. Como no las he necesitado...
- D. JES. Pues hay que pedir las mañana mismo a Barcelona.
- PET. Y en cuanto a mi marido, ya comprenderá usted que tantos años sin noticias tuyas son bastante presunción para considerarme viuda.
- D. JES. Presunción, sí; pero en casos como éste no creo yo que sea bastante con la presunción.
- PET. (Aterrada) ¿Acaso es indispensable su permiso para la boda?
- D. JES. A mi juicio, su permiso o su partida de defunción.
- PET. ¿Y cómo puedo yo procurármela?
- D. JES. ¿De veras no ha tenido usted noticias de él en quince años?

- PET. De veras.
- D. JES. (Levantándose.) Petra... Usted quiere a su hija entrañablemente.
- PET. (Levantándose también.) ¡Con toda mi alma!
- D. JES. Por su felicidad, sería usted capaz de hacer el mayor de los sacrificios.
- PET. ¡El más grande!
- D. JES. Petra... míreme usted a la cara y dígame si Consuelo es hija de legítimo matrimonio.
- PET. Lo es.
- D. JES. Entonces, ¡bendito sea Dios! ¡Y vengan pronto esas partidas, que lo demás son cuestiones legales que ya arreglará mi hijo, que para eso es abogado!
- PET. Y por lo que respecta a intereses...
- D. JES. ¿Y quién habla de intereses ahora? Usted tiene tanto como yo y yo tanto como usted, y los dos son hijos únicos, y, en fin, ¿a qué negarlo?, ¡que venía con una intranquilidad muy grande y me voy más alegre que unas castañuelas! Porque... porque usted es incapaz de engañarme, ¿verdad, Petra?
- PET. Verdad.
- D. JES. Hasta mañana, pues, que vendremos padre y novio y traeremos el correspondiente regalico.
- PET. Hasta mañana, don Jesús.
- D. JES. Adiós, Petra, adiós.
(Don Jesús estrecha la mano derecha de Petra con las dos suyas y se va por el foro.)

ESCENA XIII

PETRA; luego NICOLASA y CONSUELO.

PET. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Tener que engañar a este hombre que es la honradez personificada!

CONS. ¿Se fué?

PET. Se fué.

CONS. ¿Y usted llorando?

PET. ¡De alegría, hija de mi alma!

(Se abrazan madre e hija.)

NICOL. ¿Luego tenemos boda? ¿Nos casamos? Es decir, se casa ésta, porque yo.. ¡Qué mal están dispuestas las cosas de este mundo! A ti, que tan a gusto estás en tu casica y con una madre tan buena, viene un hombre pa llevarte con él, y a mí, que tengo madrastra y que vivo en una leonera, Dios sabe lo que tardarán en sacarme de ella.

CONS. Pero, en cambio, tú tienes padre y yo no.

NICOL. Eso es verdad.

PET. Y ahora que caigo: ¿dónde va a dormir esta noche Nicolasa?

NICOL. En el pajar o en la cuadra, no se apure usted. ¡Peor que en mi casa no he de estar!

CONS. Sacamos un colchon de mi cama y duermes en mi cuarto.

NICOL. ¿Como cuando éramos chicas?

CONS. Justamente. ¿Le parece a usted, madre?

PET. Como quieras, hija mía, Y ya mañana se le arregla una habitación.

CONS. Pues a acostarnos, que yo estoy rendida de sueño y he de levantarme mañana a las seis.

NICOL. ¿A qué tanto madrugar?

CONS. Quiero confesar muy temprano.

NICOL. Y yo contigo.
PET. (Llamando.) ¡Saturnino, Rufo! (A Consuelo.) ¿Dijiste a las muchachas que podían acostarse en cuanto cenaran?
CONS. Sí, madre.

ESCENA XIV

DICHOS.—SATURNINO y RUFO.

SATUR. ¿Qué manda el ama?
PET. ¿Habéis cenado ya?
RUFO. Sí, señora.
PET. Pues cerrad la puerta y acostaos en seguida, que hay que reanudar el trabajo con el alba.
SATUR. Amos allá, Rufo.
RUFO. Yo... si la señora me da permiso...
PET. ¿Qué deseas?
RUFO. Que estaba citao con unos amigos pa ir de ronda.
NICOL. (Este quié dame serenata.)
PET. Bien, bien; pero ya sabes: aquí al amanecer.
RUFO. Descuide usted; güas noches.
NICOL. Adiós.
SATUR. ¿Qué intentará éste? (Rufo se va por el foro; Saturnino le sigue, y cuando aquél sale al campo, éste cierra con cerrojo y barra la puerta del zaguán del molino y vuelve a escena)
PET. Adiós, hija mia, y que duermas bien.
CONS. Adiós, madrecita. (Se besan.)
PET. Que descanses, Nicolasa. (Yéndose hacia la derecha)
NICOL. Doña Petra...
PET. ¿Qué quieres? (Volviéndose)
NICOL. ¿Sería mucho abusar pedirla a usted un beso?

- PET. ¡Qué desatino! ¡Bésame lo que quieras, hija mía! (Se besan.)
- NICOL. Se agradece.
- PET. ¿Y hasta mañana, eh? (Entra en el cuarto de la derecha.)
- CONS. (Desde su puerta, que es la de la izquierda.) ¡Adiós! (Entra en su cuarto.)
- NICOL. ¡Me ha llamao hija y me ha besao! Esta noche sueño yo con mi madre. (Se va al cuarto de Consuelo.)

ESCENA XV

Música hasta el final.

SATURNIÑO.

(Nino apaga la luz y se ve entrar un rayo de luna por la ventana.)

- SATUR. ¿Si creerá Rufo que me la va a dar a mí? Ese no está citao pa ir de ronda. ¡Quiál Lo que se propone ése es dame un susto pa haceme desmerecer a los ojos de Nicolasa. ¡Nicolasa...! ¡Si supiera ella que el estáme quieto cuando corren tóos, es que tengo más miedo que tóos, y no puedo correr! Y que la risa... La risa es hestérica. En cambio, cuando lloro se me ñublan los ojos y me ciego; ¡me ciego dando puñetazos! ¿Con que un sustico, eh? Menudo va a ser el que yo le dé a él, cuando le apunte con una escopeta que tengo ahí y que está descargá... pero que él no lo sabe. (Se oye el rasguear de guitarras.) ¿Son gitarros? ¡Sí; gitarros son! ¿Si será verdá que es-

taba citao pa ir de ronda? Eso es pa despistar. Por si es caso, yo me echo sobre unos sacos de harina, y duermo con un ojo abierto como las liebres. (Se va, foro derecha.)

RUFO.

(Dentro y cantando.)

No me esperes en la reja
que esta noche hace relente;
espérame en el pajar,
que allí se está más caliente.

ESCENA ÚLTIMA

GARCÍA, SATURNINO, NICOLASA y PETRA.

Sigue oyéndose el rasgueo de guitarras, como un pasacalle, más cerca cada vez, y después van alejándose hasta dejar de oírlos por completo. La luna, que alumbraba la habitación, se nubla. Aparece por la ventana la cabeza de un hombre, sin sombrero ni gorra. Mira el hombre al interior de la habitación, como si escudriñase entre las sombras, y cerciorado de que no hay nadie, va elevándose poco a poco hasta penetrar en la habitación. Ya en ella se dirige a todas las puertas, escucha y, por fin, va derecho al buró, que intenta abrir con una ganzúa. Saturnino, que en este momento se asoma a escena, dice:

SATUR.

¿Eh? Pero ¿qué hace ese condenao? ¡Si no será él!

(Va yendo poco a poco hacia la ventana, a uno de cuyos lados está la llave de la luz, como ya se dijo antes. Da luz, e instantáneamente apunta al hombre con una escopeta. El hombre, al ver el resplandor de la luz, se vuelve de repente, dando un grito ahogado y saca una navaja de muelles.)

GARC.

¡¡Ah!!

SATUR.

¡Alto! ¡La nava ja-ja-ja-ja!

GARC.

¡O me dejas paso o te mato!

SATUR. ¡Soco...! ¡Ja, ja, ja, ja!
GARC. ¡Calla, maldito!
SATUR. ¡Ladrones!
NICOL. ¿Qué pasa, Nino? ¡Ay! (Al ver al hombre.)
PET. ¿Qué ocurre? ¡Jesús! ¡¡Mi marido!!
GARC. ¡¡Tú!!
SATUR. ¡El muerto resucita!
NICOL. ¡¡Un ánima del purgatorio!!
PET. (Imponiéndose a todos, más con el ademán que con la palabra.) ¡Silencio! ¡Silencio todo el mundo!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La misma decoración del acto primero. La misma música con que acabó el acto primero.

ESCENA PRIMERA

PETRA, NICOLASA SATURNINO y GARCÍA en escena, y CONSUELO dentro.

Al levantarse el telón están los personajes que hay en escena en la misma actitud que quedaron a la terminación del acto primero.

- PET. ¡Silencio! ¡Silencio todo el mundo!
- CONS. ¡Nicolasa! (Dentro.)
- PET. ¡Virgen Santísima!
- CONS. ¡Nicolasa! (Dentro.)
- PET. ¿Qué quieres, hija mía!
- CONS. ¡Por qué gritabas, Nino? (Dentro.)
- PET. Una falsa alarma.
- CONS. Como he oído decir ¡ladrones! (Dentro.)
- NICOL. Ese berz tas, que tenía una pesadilla.
- PET. Tranquilízate, y hasta mañana.
- CONS. Que descanses, mamá. (Dentro.)
- PET. ¡Adiós, hija mía! ¡Y ahora entra, Nicolasa! (Nicolasa..., ¡por la Virgen del Pilar, que no se entere de nada!)
- NICOL. Se lo juro a usted. (Se va.)
- PET. Nino ..
- SATUR. Soy mudo y ciego.
- PET. Dios te lo pague. Entra en mi cuarto y no salgas hasta que yo te llame.

SATUR. Lo que usted mande.
PET. Y deja esa escopeta.
SATUR. Está descargá; pero tiene un buen cula-
tazo.
PET. Déjala
SATUR. (Tié razón Nicolasa: esto debe ser una
pesadilla.) (Se va.)

ESCENA II

PETRA, GARCÍA.

PET. (Se sienta y llora, tapándose la cara con las do-
manos.) ¡No puedo más, Dios mío, no
puedo más!

GARC. Petra, yo te explicaré.
PET. Poco tienes que explicarme. ¡Te has es-
capado del penal y sigues tu oficio!

GARC. ¡Mentira! ¡No me insultes! Ni este es
mi oficio, ni me he escapado. ¡Esto es
necesidad hambre!

PET. ¡Silencio, si no quieres matar a tu hija!

GARC. ¡Mi hija!

PET. Sí, tu hija, que en estos momentos esta-
rá rezando por ti, como todas las no-
ches.

GARC. ¿Le has dicho que he muerto?

PET. ¿Querías que le dijese la verdad? A ella,
como a todo el mundo, he hecho creer
que buen esposo y buen padre, y en
tu deseo de labrarnos un porvenir te
fuiste a América hace quince años, y
que es de presumir tu muerte, por no
haber tenido noticias tuyas en todo ese
tiempo.

GARC. ¡Más me valiera haber muerto!

PET. ¡Oh, sí, mil veces la muerte antes que
presidiario y ladrón! (Llora.)

GARC. ¡Calla, no hagas escarnio de la desgracia! Si una mala acción me llevó al presidio, en él he purgado mis culpas. ¿Te parecen pocos quince años de expiación?

PET. ¡A veinte te condenaron, luego no has cumplido!

GARC. ¿Y los indultos por buena conducta?

PET. ¡Por buena conducta! ¿Dónde está tu arrepentimiento?

GARC Ya te he dicho que la necesidad es la que me ha traído a este estado. Salí del penal y, agotados los pocos ahorros que tenía, busqué trabajo por todas partes; pero en todas partes me rechazaban. ¿Qué hacer? El hambre no aguarda ni reflexiona; el hambre es mala consejera. (Pausa.) ¿Es tuyo este molino?

PET. Sí.

GARC. ¿De quién te ha venido esta herencia?

PET. De un hermano de mi madre.

GARC. ¿Luego estás en buena posición?

PET. Procuro labrar con mi honrado trabajo la felicidad de mi hija.

GARC. Y vivir muy a gusto en este rincón de la tierra, donde yo no pudiera encontraros el día que cumpliese.

PET. Entonces pensaba hacer un trato contigo.

GARC. Venga ese trato.

PET. Pepe: tu hija te cree muerto, pero te cree honrado. ¡Si ella, que es uno de los pocos ángeles de la tierra, supiese... supiese que su padre ha estado en presidio por ladrón y homicida...! (Todo con el aliento.)

GARC. ¡Oh, calla!

PET. Si ella supiese que has intentado robar

aquí mismo, se moriría de dolor. ¿Quieres que viva? ¿Quieres que en sus oraciones a Dios mezcle tu nombre y tu recuerdo para ella benditos?

GARC.

Sí.

PET.

Pues vete a América. ¡Conviértase mi piadosa mentira en realidad! Vete a América, donde yo te pasaré una pensión y te daré además cuanto necesites para los gastos de viaje.

GARC.

¿Conviértase en realidad mi piadosa mentira has dicho?

PET.

Sí.

GARC.

¿Y por qué no del todo?

PET.

¿Cómo?

GARC.

¿José García hay infinitos en España?

PET.

Indudablemente.

GARC.

Aquí no me conoce nadie.

PET.

Nadie.

GARC.

¿Por qué no figurar que vuelvo de América?

PET.

¡Eh? (Horrorizada de la propuesta.)

GARC.

Me das dinero: me voy esta misma noche a pie al pueblo más próximo, tomo allí el tren para Barcelona; desde Barcelona escribo a tu tío, a quien he podido conocer, diciéndole que regreso de América y preguntándole vuestro paradero; abres tú la carta, como es consiguiente; das a tu hija la inmensa alegría de que vive su padre, y me telegrafías diciendo que estáis aquí; vuelvo yo loco de contento y todos felices.

PET.

No, no; imposible.

GARC.

Imposible porque tú no querrás.

PET.

¿Cómo justificar tu silencio de quince años conociendo el domicilio de mi tío?

- GARC. No te preocupe eso. ¡Otra piadosa mentira que yo urdiré!
- PET. No, no; basta de engaños, basta de ficciones.
- GARC. Si han de acabarse los engaños y las ficciones, me presentaré tal cual soy. Llama a tus amigos, llama a tu hija.
- PET. ¡Tienes alma de hiena!
- GARC. ¿La quieres más que yo?
- PET. Infinitamente.
- GARC. Pues no le niegues la felicidad de abrazar a su padre.
- PET. Es que eso sería matarla. Es que su padre es indigno de tener tal hija.
- GARC. Yo te juro que mi arrepentimiento es sincero, que seré un modelo de padres y de maridos.
- PET. ¡Calla, calla! ¡Vivir bajo tu mismo techo! ¡Tener que estrechar esa mano, manchada de sangre inocente...!
- GARC. ¡Petra...!
- PET. ¡Silencio, por Dios!
- GARC. ¡O todos felices o todos desgraciados!
- PET. ¡Ten piedad de tu hija!
- GARC. Ténla tú de ella y de mí.
- PET. ¿Y si alguien te señalase con el dedo el día de mañana?...
- GARC. ¿Quién?
- PET. Esos mismos criados que te han visto entrar aquí como un criminal.
- GARC. Tú los harás callar por la cuenta que te trae.
- PET. ¡Por la Virgen Santísima, Pepe!
- GARC. O de América o de presidio. Elige.
- PET. ¡¡Jesús!! (Anonadada.)
- GARC. Y basta de lágrimas y de reflexiones; he dicho mi última palabra: venga la tuya y acabemos ya de una vez.

- PET. ¡Manda, verdugo!
- GARC. Afloja la bolsa. No creas que voy a saquearte. Lo preciso para comprar ropa y para los gastos de viaje: ir a Barcelona, volver aquí . . . , con unas mil pesetas hay lo suficiente.
- PET. (Ha pasado junto al buró, ha abierto y saca un sobre con billetes, que le da, volviendo a cerrar.) Toma.
- GARC. Ahora, haz que me acompañen hasta la salida del pueblo.
- PET. Nino. (Abriendo la puerta de su cuarto.)

ESCENA III

DICHOS, SATURNINO.

- SATUR. Mande el ama.
- PET. Acompaña al señor.
- SATUR. Al... (Mirando a todos lados.) ¡Ah, al señor! (Sigue la pesadilla.)
- PET. Salid por la puertecilla del huerto.
- SATUR. (¿Llevo la escopeta?) (A Petra.)
- PET. No.
- SATUR. (Pues dígale usted a él que deje la navaja.)
- GARC. Hasta la vista.
- PET. Dios te guíe.
- SATUR. ¿Dios? Entonces no hago yo falta.
- GARC. Vamos.
- PET. Y ya sabes, Nino. (Indicándole el silencio.)
- SATUR. Descuide el ama.
- GARC. Vé delante.
- SATUR. (Virgen del Pilar, ten en cuenta que este año no m'hi confesao todavía.)
(Se van los dos foro izquierda.)

ESCENA IV

PETRA, NICOLASA; luego SATURNINO.

PET. ¿¡Hasta cuando, Señor, hasta cuando!?

NICOL. ¡Doña Petra!

PET. ¿Y mi hija?

NICOL. Durmiendo como un ángel. Yo no podía pegar los ojos. Ya se ve: el miedo, la sorpresa...

PET. El horror; dílo de una vez.

NICOL. ¿Pero no es un sueño tó esto? ¿Pero es posible que ese hombre sea su marido de usted?

PET. Por desgracia.

NICOL. ¡Pobre Consuelico! ¡Y yo que me quejaba de mi madrastra!

PET. ¿Qué habrás pensado de mí?

NICOL. ¡Que ha tenido usted peor gusto que mi padre pa casarse!

PET. Yo os contaré a Nino y a ti la verdad y comprenderéis mi martirio.

NICOL. ¿Ese hombre se habrá ido de aquí pa siempre?

PET. No.

NICOL. ¿Que va a volver?

PET. Sí.

NICOL. Venga la escopeta.

PET. No aumentes mi dolor, Nicolasa.

NICOL. Pues si para ahorrale a usted un dolor sería yo capaz de matalo...

SATUR. (Que viene muy fatigoso.) Yaestoy aquí yo.

PET. ¿Dónde le has dejado?

SATUR. Andando va por el atajo de Villalta, pa tomar allí el tren.

NICOL. ¿Pa qué te sirve a ti la escopeta, Nino?

- SATUR. ¡Si está descargá, mujer!
NICOL. Eso es otra cosa.
PET. Oíd, oíd los dos, y, por lo que más queráis, que nadie sepa nunca ni lo que esta noche habéis visto, ni lo que ahora voy a contaros.
- NICOL. Soy un pozo.
SATUR. Dos pozos
PET. Yo me casé a los diez y seis años con ese hombre, que se decía apoderado de una casa de banca. A los pocos meses me enteré que le llamaban Pepe «el Manitas», porque era un jugador empedernido. Ese maldito vicio amargó mi felicidad de ser madre.
- SATUR. Dende mañana s'ha acabao pa mí el mus.
NICOL. Y la brisca.
PET. Cuatro años contaba mi Consuelo, cuatro años de martirio y privaciones para mí, cuando una noche vino la justicia a sacar de casa a mi marido.
- SATUR. ¡Azufai!fa!
PET. Aquel disgusto tan horrible me costó una larga enfermedad; y al ser condenado por la Audiencia, sólo pensé en huir con mi hija al más oscuro rincón de la tierra, para que no tuviera que avergonzarse jamás del padre, que para desgracia suya y mía le había dado.
- NICOL. ¡Pa fiarse de los hombres!
SATUR. Y perdone la señora la preguntica... ¿Es mucho lo que el... el amigo se ha llevao?
PET. ¡Ay, Nino! ¡La felicidad de mi hija y la mía!
SATUR. ¿Tó el dinero que tenía usted?
PET. No se trata de dinero.

- SATUR. Pues entonces...
- NICOL. Se trata de que, vamos, de que el amigo va a volver aquí.
- SATUR. ¿Otra vez por la ventanica?
- NICOL. Por la puerta y como amo del molino.
- SATUR. ¡Re... salvao!
- PET. Aprovechándose de mi engaño y fingiendo que vuelve de América.
- SATUR. ¿Y usted lo consiente?
- PET. ¿Y qué voy a hacer si me amenazaba con llamar a mi hija y contarle la verdad?
- NICOL. ¡Canalla, re... canalla!
- SATUR. ¿Es decir, que va a dejar de ser este el molino de la viuda?
- NICOL. ¿Y es eso tó lo que se te ocurre?
- PET. ¿Y qué hago yo ahora? ¿Destruyo la felicidad de Consuelo, diciendo la verdad al padre de su novio, o sigo mintiendo: ¡mintiendo siempre?!.
- NICOL. ¿Destruir la felicidad de Consuelico? ¿Que no se case con el señorito Terencio? ¡Eso sería matala! ¿Y qué culpa tiene ella de que su padre sea..., vamos, lo que es?
- SATUR. Y usted disimule, se dice.
- PET. ¿Y si el día de mañana se entera de todo don Jesús? ¡No quiero ni pensarlo, Virgen Santísima!
- NICOL. ¿Y quién va a contárselo? De éste y de mí no desconfiará usted, ¿verdad?
- PET. ¿Quieres callarte?
- SATUR. Tié razón Nicolasa. ¡Pobre señorita Consuelo!
- NICOL. Deje usted correr la bola hasta última hora, doña Petra, que caso de necesidad, tiempo hay pa todo.
- PET. ¡Dios os bendiga!

- NICOL. Y a recogerse, que estará usted muerta de sueño.
- PET. Yo no me acuesto ya: no podría dormir.
- SATUR. Ni yo: y que para el alba debe faltar poco.
- NICOL. Quedémonos aquí los tres, rezando juntos hasta el día.
- PET. Eso es mejor.
- SATUR. Y que cada uno pida a Dios lo que más desee.
- PET. (Yo la felicidad de mi hija.)
- NICOL. (Yo que no coja éste una baraja en toa su vida.)
- SATUR. (¡Yo que descarrile el tren!)
- PET. Padre nuestro..., etc., etc.
- SATUR. } El pan nuestro..., etc., etc.
- NICOL. }

CAE EL TELÓN DE CUADRO LENTAMENTE

Música para la mutación.

CUADRO SEGUNDO

Telón a dos cajas, que figura ser un jardín a espaldas del molino. En primer término, rompimiento de árboles grandes y frondosos que forman arco, pues se entrelazan por las copas. A la derecha ha de verse algo del edificio, con una puerta que dé entrada a él. En todo el foro del telón, tapia que enlaza con otro trozo que habrá a la izquierda, y en él la puerta de servicio al campo. El horizonte montañoso. Son las diez de la mañana de un caluroso día de verano.

ESCENA PRIMERA

SATURNINO, dejando en primer término derecha un sillón de mimbre, en el cual se sienta. RUFO con otro sillón por la derecha, y luego la tía TARÁNTULA por la puerta de la izquierda.

SATUR. ¡Azufaifa, qué día!

- RUFO. ¿Dónde dejo la cestica esta?
SATUR. Aquí mesmo, y vuelve por otra.
RUFO. ¿Hay que traer más?
SATUR. Un porción.
RUFO. Ayúdame tú.
SATUR. Estoy mu cansao.
RUFO. Y a mí que me parta un rayo, ¿verdad?
SATUR. Anda, hombre, vuelve por otra.
RUFO. No mi da la gana. ¡Y vuelve tú por otra!
(Se sientan.)
TAR. Güenos días, maños.
SATUR. Tú; la suegra del Cide.
TAR. Ocho días sin vernos, ¿eh?
RUFO. ¿Pero por qué se ha molestao usted en venir tan pronto?
TAR. No vengo a veros a vosotros, acémilas.
SATUR. Se agradece.
TAR. Vengo a ver a la Nicolasa.
SATUR. Pues ella no la pué ver a usted.
TAR. ¿Cómo dices?
RUFO. Que está muy ocupá. Hoy es día de mucho trabajo en la casa.
SATUR. Hoy no hay quien pare aquí.
TAR. Ya, ya lo veo.
RUFO. ¿Estará usted al cabo de ia novedá?
TAR. Y haciéndome cruces dende que lo supe. ¡Misté que parecer ahura un hombre que se perdió hace quince años!
SATUR. ¡Anda, y perdió del tó!
TAR. Yo no me explico que haiga estao ca- ilao tanto tiempo.
RUFO. ¿Usted no hubiera podido aguantar tanto, verdá?
TAR. ¡Gracioso! ¿Y es cierto que viene de América?
SATUR. Del Perul.
TAR. ¿Y dónde ha desembarcao?
SATUR. En Zaragoza.

TAR. ¿Y cuándo viene a Valdecantos?
SATUR. Esta tarde.
TAR. ¿Traerá muchas onzas?
RUFO. Media ocena de talegos.

ESCENA II

DICHOS: NICOLASA por la derecha.

NICOL. ¿Usted por aquí?
TAR. ¡Hola, descastá!
NICOL. ¿Y padre?
TAR. Contento está contigo. ¡Ocho días sin ir por allí
NICOL. Hay tanto que hacer ahura en la casa...
TAR. Ya sé el motivo.
NICOL. Pues mejor que mejor; así no tiene usted que entretenerse en oirlo y se puede ir más pronto.
TAR. ¡Mira que no ser viuda la viuda!
SATUR. ¡Y poca rabia que me da a mí eso!
NICOL. ¡Nino...!
TAR. ¿A ti? ¿Y por qué?
SATUR. Porque ya no podrá llamarse éste *El Molino de la Viuda*.
NICOL. Bueno, bueno. Cada uno a lo suyo, que ya están ahí el ama y don Jesús con los novios y no tardarán en llegar las mozas y los mozos para felicitar a la señorita Consuelo.
TAR. ¿Por lo de la boda?
NICOL. Y por su cumpleaños.
TAR. Pues yo vengo a pedirle a doña Petra tu salario del mes.
NICOL. Sí que ha escogido usted buen día.
TAR. El mejor. Poco alegre que estará ella con el cumpleaños de su hija y con la llegada de su marido.

- NICOL. Una cosa atroz. Pero delante de gente no va usted a pedirle el dinero.
- TAR. Bien, bien; pues díselo tú cuando esté sola y yo volveré luego a cobrar.
- SATUR. Ya están ahí el ama y la compañía.
- NICOL. Váyase usted, váyase usted corriendo.
- TAR. Hasta dimpués. (Se va por la izquierda.)
- NICOL. ¡Curiosota, mermuradora!

ESCENA III

DICHOS. —PETRA, CONSUELO, DON JESÚS y TERCENCIO, salen por la derecha.

- CONS. Por aquí, don Jesús.
- D. JES. Esta es una sombrica muy buena.
- PET. Nicolasa: que estén preparados los pasteles y el vino para cuando vengan los mozos.
- NICOL. Descuide usted. (Se va por la derecha.)
- TEREN. Rufo: llégate al Juzgado, con permiso de tu ama, y dile al alguacil que te dé mi correspondencia.
- RUFO. En un voleo. (Se va izquierda.)
- D. JES. Oye: no se te olvide el periódico.
- RUFO. Se traerá. (Desde la puerta.)
- CONS. Y tú, Nino, ponte a enganchar el cochecillo en que has de ir a Villalta a buscar a mi padre.
- D. JES. Es pronto todavía.
- SATUR. Las diez; ya ve usted, con que salga de aquí a las once, hay tiempo de sobra. En menos de una hora me planto con el carricoche en Villalta, y el tren no llega allí hasta las doce y media.
- CONS. Madre, ¿por qué no me dejas ir con Nino?

- PET. Hija, por Dios. Un coche sin toldo, y con el daño que te hace a ti el sol...
- TEREN. ¿Para que te desmayes al ver a tu padre, como el día que se recibió la carta?
- PET. No, no. Bien estamos en casa.
- CONS. Como usted disponga.

ESCENA IV

DICHOS, NICOLASA; a poco RUFO, y después MOZAS y MOZOS.

NICOL. Ya está todo preparao para cuando venga la rondalla.

TEREN. Lo que pasa en este pueblo no ocurre en ningún otro. ¿Miren ustedes que haber formado una rondalla las mujeres, por piques entre ellas y los mozos?...

NICOL. Desde que nos han concedido el voto, nos tienen una rabia...

D. JES. Graciosísimo.

RUFO. Señorito Terencio: no hay carta para usted. (A don Jesús.) Ahí va el periódico. (Empieza la orquesta muy piano, o se oye dentro la rondalla.)

SATUR. Ya está ahí la rondalla.

PET. Pues sacar el vino y los pasteles.

(Nicolasa, Rufo y Saturnino entran en la casa, y durante la primera parte del número sacan a escena bandejas, jarros y vasos. Don Jesús lee el periódico.)

Música.

Salen a escena por la puerta de la izquierda primeramente las mozas, formando una rondalla y figurando que tocan guitarras y bandurrias. Detrás de ellas los mozos, que las imitan con las varas a guisa de instrumentos. Durante el canto hacen evoluciones hasta quedar por parejas de hombre y mujer al final del pasacalle.

- MOZAS. En prueba de lo mucho
que se progresa,
allá va una rondalla
aragonesa,
formada por las mozas
de este lugar;
que aquí ya ningún mozo
sabe tocar.
- MOZOS. Quieres tú tocar como yo;
pero me parece que no.
- MOZAS. No te arrimes,
que desafinando la prima
ya está.
- MOZOS. No te burles, maña, jamás,
que la burla tú pagarás.
- MOZAS. Ya los hombres en el pueblo éste
no sirven pa na.

TODOS. Todo el mundo desea tener
todo aquello que no logró:
no hay placer superior al placer
de alcanzar lo que se soñó.
De la vida el que quiera gozar
sólo debe reir y cantar.

- CONS. ¡Felices, Consuelico;
que cumplas muchos años!
¡Amigas, muchas gracias,
y muchas gracias, maños!
- TEREN. Un día tan solemne
se debe celebrar.
- TODOS. Pues venga una jotica,
y vamos a bailar.

I

- TEREN. De las mujeres bonitas
Málaga tiene la fama;

Sevilla de las graciosas
y Aragón de las honradas.

TODOS. Los que son
de Aragón
revelan en todo
nobleza y tesón.
Y es de ver
la mujer,
que no la hay más firme
si da su querer.
De tener corazón
todos nos preciamos
en esta región.
Si un baturro al luchar
lleva razón,
antes morir;
pero ceder no.
(Balle.)

II

CONS. { Aquel que nace en España
TEREN. { dar debe gracias a Dios,
Y TODOS. { y no cesar de alabarle
 { si ha nacido en Aragón.

Los que son
etc., etc.

Hablado.

TEREN. ¡Muy bien, maños, muy bien!
PET. Servid vino vosotros.
SATUR. Eso hacemos, mi ama.
UNA. ¿Qué te ha parecido la rondalla, Con-
 suelo?
CONS. Que tocáis a la perfección.

D. JES. (Levantándose del sillón y viniendo al centro de la escena con el periódico en la mano.) Oigan ustedes esta noticia sensacional que trae el *Heraldo de Aragón*.

TEREN. Venga la noticia.

(La colocación de los personajes es la siguiente de derecha a izquierda del actor: Nicolasa, Petra, Consuelo, don Jesús (que al bajar al proscenio se coloca entre Consuelo y Terencio), Terencio, Saturnino y Rufo, que están repartiendo vino y pasteles y bajan a oír la noticia con las bandejas en la mano. Mozas y mozos rodean a los anteriores personajes. Cuidese las actitudes y sobre todo la expresión del rostro de Petra, Nicolasa y Saturnino, únicos que están en el secreto.)

D. JES. (Leyendo despacio) «Se tienen fundados
»indicios de quién es uno de los ladro-
»nes que la semana pasada cometieron
»el robo en la iglesia de Valdecantos.
»Trátase de un sujeto conocido por
»Pepe «el Manitas», jugador de oficio,
»que residiendo hace quince años en
»Barcelona, se puso de acuerdo con otro
»prójimo de su calaña, y entre los dos
»simularon una letra a pagar en una to-
»rre de Gracia que alquilaron con nom-
»bre supuesto. Al ir allí a cobrarla un
»dependiente del Banco, desvalijaron
»al infeliz, hiriéndole tan gravemente,
»por su resistencia a dejarse robar, que
»falleció de resultas de las heridas. El
»referido «Manitas», que estaba cum-
»pliendo la pena de veinte años de re-
»clusión, se ha escapado recientemente
»del presidio, en unión de dos reclusos
»más, a todos los cuales persigue activa-
»mente la Guardia civil.»

- SATUR. (Dejando caer la bandeja al suelo.) ¡Re... salvao!
- TEREN. ¡Pero, Nino!
- PET. (¡Escapado de presidio!)
- NICOL. (¡El que robó la iglesia!)
- D. JES. ¿Qué les parece a ustedes la noticia?
- TEREN. Una friolera.
- D. JES. ¿Y a usted, Petra?
- PET. ¡Horrible, horrible!
- CONS. Qué impresión te ha hecho, madre.
- NICOL. (No lo sabes tú bien.)
- CONS. Pues dejémonos de cosas tristes y vamos adentro, que quiero enseñar a éstos mis regalos.
- UNA. Sí, sí; vamos allá.
- D. JES. Vamos todos.
- TEREN. Andad, maños, andad.
- (Se van unos por la derecha y otros por la izquierda. Sólo quedan en escena Nicolasa y Saturnino, que, como si fueran dos estatuas, no se han movido de su sitio.)

ESCENA V

NICOLASA y SATURNINO.

Música.

Han quedado en escena horrorizados y mirándose el uno al otro. Todo el número deben cantarlo planísimo como si temieran que los oyesen. Cuando uno de ellos eleva la voz, en los momentos que al compositor le parezca oportuno, el otro le indica con el dedo puesto en la boca que baje el diapasón. El efecto del número debe estar en los pianos y en los fuertes.

- SATUR. ¿Qué te paice, Nicolasa?
- NICOL. ¡Qué me dices, Saturnino?
- SATUR. ¡Es el que robó la iglesia!
- NICOL. ¡Y escapado de presidio!

SATUR. ¿Y nostramo va a ser ése?
NICOL. ¿Y ese tío vendrá aquí?
SATUR. Como Dios no haga un milagro, me
paice a mí que sí.

NICOL. ¡Pues no será,
pues no será! (Gritando.)
SATUR. ¡Chis!...
¿Y qué hacemos pa impedirlo?
NICOL. ¡Oye maño y lo sabrás!

(Planísimo.)
Tú, que eres un valiente
asombro de la gente,
recuerda aquella hazaña
del *Cide capeador*,
y a un hombre que es más hiena
que el padre de Jimena,
vé y córtale el gañote
si aspiras a mi amor.
SATUR. No estás en tu cabales,
que eso es de creminales
y a todos a la postre
los llegan a trincar.
De joven o de vieja
no quiero que a la reja...
la reja de la cárcel
me vayas a llorar.

NICOL. Valiente te creí,
mas viendo estoy aquí
que tú eres un cobarde.
¡Aparta de mí!
SATUR. Yo soy el que antes fuí,
y no está bien que aquí
me taches de cobarde,
ni grites así.

NICOL. Que venga un asesino
como amo del molino,
tú debes evitarlo
si tienes corazón.
En estas ocasiones
se ven los pantalones;
mas creo que los gastas
por equivocación.

SATUR. También en ocasiones
tú gastas pantalones,
y tiés derecho al voto
cuando haiga una elección.
No hay, pues, inconveniente,
ya que eres tan valiente,
que al tío ese de marras
le des un tozolón.

NICOL. Valiente te creí,
mas viendo estoy aquí
que tú eres un cobarde.

¡Aparta de mí!
SATUR. Yo soy el que antes fui,
y no está bien que aquí
me taches de cobarde
ni chilles así.

LOS DOS. No tienes tú corazón,
y escuchándote hab ar
pierdo ya la razón.

Hablado.

SATUR. ¡El ama!

ESCENA VI

DICHOS.—PETRA, que sale por la derecha terriblemente angustiada y se dirige a Nino.

PET. ¡Nino!

SATUR. ¿Qué hay que hacer, mi ama?

PET. (A Nicolasa.) ¡Cuida tú no venga alguien!

NICOL. Esté usted tranquila, doña Petra.

(Se queda observando a la derecha.)

PET. ¡Nino, ya has oído la noticia!

SATUR. ¡El juicio final!

PET. ¡Es preciso que ese hombre no llegue aquí!

SATUR. Conformes.

PET. ¡Qué horror si lo descubriesen en esta casa! ¡Si vinieran a prenderle aquí, delante de su hija! ¡No, no; todo antes que eso!

SATUR. Güeno, y ¿qué hago yo?

PET. Convencerle de que se vuelva a Barcelona. Dile de mi parte que regrese allí y nos escriba diciendo que está malo y no ha podido ponerse en camino; que iremos a verle su hija y yo, y que le daré diez mil pesetas con tal de que se embarque para América.

SATUR. O pa la China. Cuanti más lejos...

PET. ¿Lo harás, Nino?

SATUR. Yo se lo juro a usted, mi ama. ¿Pero y si despreciando el peligro insistiera en venir?

PET. Eso sería horrible, horrible.

SATUR. Esa gente es muy osá.

PET. ¡Convéncele, Nino! ¡Por la Virgen santa, convéncele!

NICOL. Que viene don Jesús.

- PET. (Echa a correr hacia la derecha, y al llegar al bastidor se vuelve y dice con gran emoción:)
¡Nino: acuérdate de lo que hice por tu madre! (Se va.)
- SATUR. ¡No, se me olvida mi ama! ¡No se me olvida!

ESCENA VII

NICOLASA, SATURNINO; luego RUFO.

- NICOL. ¡Nino, si insistiera ese hombre en venir, acuérdate del Conde Lozano!
- SATUR. ¡Y dale! ¿Pero mi voy a casar yo con su hija?
- NICOL. Tú ten presente que el que roba a un ladrón...
- SATUR. Sí, tié cien años de perdón; pero el que lo mata, va a la cárcel.
- NICOL. No le tienes tú poco miedo a la cárcel.
- SATUR. Una cosa atroz. Tó menos ir a la cárcel.
- NICOL. Pues hazte cuenta que Nicolasa no se casa más que con un valiente.
- SATUR. Maña...
- NICOL. Y que Rufo me paece más valiente que tú.
- SATUR. ¿Casate tú con Rufo...?
- NICOL. ¿Quiés ser el padrino?
- SATUR. ¡Dí que es mintira o mi echo a llorar como un becerro!
- NICOL. No te faltaba más que eso, cobarde.
- SATUR. (Cogiéndola por la cintura.) No mi tientes, maña, no mi tientes.
- NICOL. (Rechazándole.) ¡No me tientes tú a mí, sinvergüenza!
- SATUR. Dí que me quiés a mí solo.
- NICOL. Un cuerno.

- RUFO. (Por la izquierda: los ve y se esconde.) (Juntos, ¿de qué hablarán?)
- SATUR. Amos, mañica.
- NICOL. Te quería oyéndote reir. Cuando dabas aquellas carcajadas que eran el terror de los valientes.
- SATUR. Pues ahí tiés tú lo que son las cosas; mis carcajadas eran... hestéricas.
- RUFO. (¡Anda!)
- NICOL. Pues hemos concluído para siempre.
- SATUR. ¡Si no habíamos prencipiao! (Queriendo cogerla.)
- NICOL. ¡Quita, mandria!
- SATUR. Miá que me echo a llorar.
- NICOL. ¡Llora, cobarde, llora!
- SATUR. Nicolasa... Nicolasa...
- NICOL. ¡Paso, paso a la mujer del Cide capeador! (Se va por la derecha.)

ESCENA VIII

SATURNINO, RUFO; a poco LA TARÁNTULA.

- SATUR. (Casi llorando.) Salvar al ama, sí; pero que me lleven preso, nunca.
- RUFO. ¡Nino! (Con aire de superioridad.)
- SATUR. ¿Qué quiés tú?
- RUFO. Que ya está el coche aviao.
- SATUR. El que está aviao soy yo.
- RUFO. Te da miedo ir solo, ¿eh?
- SATUR. A mí no me da miedo na.
- RUFO. ¡Mentira! (Le da un capirotazo.)
- SATUR. ¿Cómo?
- RUFO. Tiés miedo hasta cuando te ríes.
- SATUR. ¡Rufo...!
- RUFO. Y la Nicolasa no te quié por eso. (Chillando cada vez más.)

- SATUR. ¡Mentira!
RUFO. ¡Y se casará conmigo!
SATUR. Miá que si suelto el trapo vas a cobrar.
RUFO. ¡A mí no me asustas tú ya, cobarde!
SATUR. ¿Cobarde? ¡Cobras, vaya si cobras!
(Casi llorando se echa sobre Rufo cogiéndole por el cuello con la mano izquierda y dándole puñetazos en la cabeza con la derecha. Rufo, ante lo inesperado de la agresión, no tiene ánimos más que para coger con sus dos manos la muñeca de la mano que le aprieta el cuello, y para chillar.)
RUFO. ¡Nino! No pegues tan fuerte, que haces daño!
SATUR. ¡Con que la Nicolasa pa tú!?
RUFO. ¡Que mi ahugas, Nino, que mi ahugas!
TAR. ¿Pero sus estáis peleando, bárbaros?
RUFO. ¡Sujételo usted, que me mata!
TAR. ¡Suéltalo, cacho e bruto!
SATUR. ¡Déjeme usted, tía Tarántula!
TAR. Escápate ahura, tonto.
RUFO. (Corriendo) ¡Que le ha dao, que le ha dao el ataque!
SATUR. Y usted, ¿a qué a venío aquí?
TAR. A cobrar.
SATUR. ¿A cobrar? Pues pa todos hay. (Pegando a la Tarántula.)
TAR. ¡Demonio!
SATUR. (Ciego ya y dando mamporros al aire) ¡Pa todos hay!
TAR. (Corriendo.) ¡Loco, completamente loco!
SATUR. ¡Pa todos hay!

TELÓN DE CUADRO

CUADRO TERCERO Y ULTIMO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

NICOLASA, PETRA, CONSUELO, DON JESÚS y TERCENCIO. A poco
RUFO.

- CONS. Las cinco de la tarde y sin parecer. Tiene que haberles ocurrido algo necesariamente.
- NICOL. Eso es que el tren viene retrasado.
- D. JES. No te quepa duda, Consuelico; casi todos los días pasa lo mismo.
- CONS. Es mucho cuatro horas de retraso.
- TEREN. Lo que debes hacer es tomar algún alimento.
- NICOL. Y usted, doña Petra. ¿Les bajo una tacica de caldo a cada una?
- CONS. A mí me es imposible tomar nada.
- PET. Y a mí.
- NICOL. Sí que estamos todos desganaos.
- D. JES. ¿A que tengo yo que poner orden en esta casa?
- TEREN. Sí, padre; obliéguelas usted a comer a todas.
- CONS. ¡Ay, Terencio, no puedo estar de intranquilidad!
- PET. (¿Qué habrá ocurrido, Dios mío!)
- NICOL. (¡Ay, Nino de mi alma, qué será de ti!)
- D. JES. ¡Ya baja Rufo de la terraza!
- CONS. ¿Has visto algo, Rufo?
- RUFO. Ni un vencejo.
- NICOL. Pues dende arriba se ve un buen trozo de carretera.

- RUFO. ¿Quié usted que mire por el atajo, mi ama?
- CONS. Sí, madre, sí.
- PET. Ve, Rufo.
- RUFO. ¡Soy un pájaro! (Se va por el foro.)
- CONS. ¿Quién tiene los gemelos?
- NICOL. En el comedor se han quedao.
- CONS. Voy por ellos.
- NICOL. Iré yo, mujer.
- CONS. No, no; si voy a subir luego a la terraza a ver si tengo más suerte que Rufo...
- D. JES. Yo te acompaño.
- CONS. ¿Vienes tú? (A Terencio.)
- TEREN. Yo tengo que ir al Juzgado un momento; pero en seguida estoy aquí.
- CONS. Pues hasta ahora.
- TEREN. Hasta ahora. (Se va por el foro.)
- CONS. Vamos, don Jesús.
- D. JES. Vamos.
- (Se van por la escalera Consuelo y don Jesús.)
- CONS. Si vinieran por el atajo, avíseme usted en seguida, madre.
- PET. Descuida.

ESCENA II

NICOLASA, PETRA.

- NICOL. ¿Qué habrá pasao, doña Petra?
- PET. Seguramente que Nino le ha conocido y no regresa de Villalta hasta que le vea tomar el tren de vuelta para Barcelona.
- NICOL. Dios lo haga. ¡Pero me dice el corazón que no es eso!
- PET. El corazón se engaña muchas veces.
- NICOL. ¡Yo veo sangre por todas partes!
- PET. ¡Nicolasa!

NICOL. ¡Ay Nino de mi vida!
PET. ¡Calla!

Música.

NICOL. (Como una alucinada.)
¡Yo le veo, le veo, le veo
venir con el otro
por esos caminos!
¡Yo le veo, le veo, le veo
pararse de pronto,
decir: yo no sigo!
Y el otro que dice
pues vas a seguir,
y Nino que nones
y el otro que sí.
Y en esto se ponen
los dos a luchar,
y cual fieras se arañan, se muerden,
se quieren matar.
¡Ja, ja, ja! (Risa como de loca.)
¡Ay maño del corazón,
locura siento por ti!
¡Ay maño del corazón!
¡Si te prenden, yo soy la culpable!
¡Ay mañico, mañico, perdón!

II

¡Yo le veo, le veo, le veo
saltar sobre el otro
con una navaja!
Yo le veo, le veo, le veo
tirarle un viaje
y abrirle una raja!
Y en esto que llega
la Guardia civil,
y a Nino que viene

corriendo hacia aquí,
los guardias persiguen,
le atrapan al fin...
¡Y a la cárcel atado se llevan
al pobre infeliz!
¡Ja, ja, ja, ja!

—
¡Ay, maño del corazón,
locura siento por ti!
Etc., etc.

Hablado.

PET. ¡Nicolasa, por Dios!
NICOL. ¡Ay, doña Petra!
PET. ¡Vuelve en ti! ¡Mira que van a sospechar algo, y eso sería horrible!
NICOL. Perdóneme usted, doña Petra.
PET. Calma, hija mía, calma, y sea lo que Dios quiera.

ESCENA III

PETRA, NICOLASA y la TÍA TARÁNTULA, que viene por el foro descompuesta y casi sin aliento.

TAR. ¡Nicolasa, Nicolasa!
NICOL. ¿Quién me llama?
PET. ¿Qué ocurre, tía Tarántula?
TAR. ¡Ay, doña Petra de mi alma!
NICOL. ¡Hable usted!
TAR. ¡Ay, Nicolasa!
PET. ¡Hable usted por lo que más quiera!
TAR. ¡Acaba de llegar Nino por el atajo!
NICOL. ¿Eh...?

- TAR. ¡Con la caeza y las manos llenas de sangre!
- NICOL. }
PET } ¡Jesús!
- NICOL. (A Petra.) ¡Mi sueño!
- PET. ¿Pero solo?
- TAR. Conducío por la Guardia civil.
- NICOL. ¡Mi sueño!
- PET. ¡Virgen Santísima!
- NICOL. ¡Yo, yo tengo la culpa! (Llorando.)
- TAR. ¿Tú? ¿De qué tiés tú la culpa?
- PET. (¡Nicolasa, por Dios!)
- NICOL. (Abrazándose a Petra.) ¡Ay, doña Petra!
¿Por qué le contaría yo la historia del Cide?
- TAR. ¿Pero estás en tu juicio?
- PET. ¡Vuelve en ti, Nicolasa, vuelve en ti!

ESCENA IV

DICHOS. —TERENCIO, que viene por el foro, reflejando su cara la horrible noticia que tiene que comunicar.

- TEREN. ¡Doña Petra...! ¡Doña Petra!
- PET. ¡La verdad, Terencio, la verdad!
- NICOL. ¡Ay, señorito Terencio, que Nino es inocente!
- TEREN. ¿Quién ha dicho que no lo sea?
- NICOL. ¿Pero no lo trae la Guardia civil?
- TEREN. ¿Y qué tiene que ver...!
- PET. ¡Calla, Nicolasa! Y hable usted, Terencio, hable usted.
- TEREN. Pues bien, doña Petra: ¿usted es una mujer fuerte?
- PET. Lo soy.
- TEREN. ¿Hecha a los infortunios?

- PET. Venga de una vez lo que sea.
TEREN. Es que la desgracia es mayor de lo que usted se figura.
- PET. ¿Mayor? ¡Imposible!
TEREN. Petra, el coche en que venían su esposo de usted y Nino, ha tenido la desgracia de volcar casi a la entrada del atajo.
- TAR. ¿Junto al despeñadero?
TEREN. Allí mismo; el vuelco ha sido horrible; la pareja de la Guardia civil que lo presenció desde la carretera, sin poder evitarlo, acudió en auxilio de los viajeros, encontrando al uno muerto y al otro mal herido en la cabeza.
- NICOL. ¿Nino?
TEREN. Nino.
PET. ¡Jesús! (Se cubre la cara con las manos)
TEREN. La pobre Consuelo sólo podrá abrazar el cadáver de su padre.
- PET. ¡Hija de mi alma!
NICOL. ¡Doña Petra! (Se abrazan.)
PET. (¡La mano de Dios!) (Al oído de Nicolasa.)
NICOL. (¡No; la mano de Nino!)
PET. (¡Calla!)
TEREN. Es preciso dar la noticia a esa pobre niña.
- PET. ¡Sí; vamos, vamos juntos!
TEREN. Usted no puede andar, Petra. Está usted temblando.
- PET. ¿Que no puedo? ¡Usted no sabe de lo que es capaz una madre! ¡Vamos!
TEREN. ¡Vamos!
(Se van por la escalera.)

ESCENA V

NICOLASA, TARÁNTULA, SATURNINO y dos o cuatro MOZOS, que traerán a Nino en una silla. Nino viene con la cabeza vendada y la cara llena de parches.

NICOL. ¡Acompáñeme usted a ver a Nino!

TAR. Si le estarán curando ahura...

NICOL. Pa él no hay mejor cura que verme a mí.

TAR. ¿Esas tenemos, maña?

NICOL. ¡O me acompaña usted, o voy yo sola!

TAR. Sea lo que tú quieras, mujer.

MOZO 1.º ¡Por aquí, por aquí!

NICOL. Ya no me hace falta, ya lo traen. ¡Nino, Nino de mi alma!

SATUR. ¡Mañica, mañica de mi corazón!

(Entran a Nino en la silla, que dejan los mozos en el suelo. Nicolasa y Saturnino se abrazan. Los mozos se separan.)

TAR. ¿Qué ha sido eso, maño?

SATUR. ¡Un chichoncico!

MOZO 1.º ¡Anda, y acaban de dale cinco puntos de sutura!

NICOL. Ir vosotros a que os den de beber en la cocina.

SATUR. Yo tengo mucha sé.

NICOL. Pa ti, agua.

SATUR. ¿Pues cuántos puntos hacen falta pa beber vino?

MOZO 1.º Andando, maños.

MOZO 2.º Amos allá.

MOZO 1.º Y que haiga alivio. (Se van foro izquierda.)

SATUR. ¡Gracias!

NICOL. ¿Pero no va usted por el agua!

SATUR. ¡Agua no, que enfría!

TAR. Yo te traeré aguardiente, que es mejor!

(Se va foro izquierda.)

ESCENA ULTIMA

NICOLASA, SATURNINO; luego RUFO y la Tía TARÁNTULA.

- SATUR. Nicolasa... (Todo a media voz.)
NICOL. Nino...
SATUR. ¿Y el ama?
NICOL. Con la señorita Consuelo.
SATUR. ¿Sabe lo que ha pasao?
NICOL. Sí.
SATUR. ¿Todo?
NICOL. Todo, ni ella ni yo. Habla antes que vengan.
SATUR. Llegó ese hombre en el tren; le di el recajo del ama; me dijo que traía bien arreglaos sus papeles y que no había cuidao de na; yo me amosqué, él se amoscó más en todavía, y me obligó a subir al coche, diciéndome: «¡O guías tú o guío yo!» Yo empuñé las riendas y eché pa alante; pero en metá del camino me quise volver y él me amenazó con un revolver.
NICOL. ¡Re... salvao!
SATUR. Yo mi acordé del Cide; pero eso de ir a la cárcel... En esto, veo de venir por la carretera a los cíviles, me da un vuelco el corazón, le arreo tres estacazos al caballo, y en lugar de enfilear pa el atajo, enfileo pa el despeñadero... y ¡zás! tóos de caeza al otro mundo.
NICOL. Eres un héroe, Nino.
SATUR. ¡Si tú lo dices!
NICOL. ¿No tuviste miedo a la muerte?
SATUR. Maña... es que una cosa es morir, y otra cosa que lo lleven a uno a la cárcel.
RUFO. ¡Señora ama, señora ama! (Dentro. Le siguen hombres y mujeres del pueblo.)

- NICOL. ¿Qué vendrá contando ahura ése? (Se va al foro.) ¿Qué traes, Rufo?
- RUFO. ¡Ay, Nicolasa, qué desgracia tan grande!
- NICOL. ¿Pues qué ha pasao?
- RUFO. Que el marido del ama y Nino se han caído con el coche al despeñadero, y Requiescan tin pace los dos.
- NICOL. ¿Los dos?
- RUFO. Los dos.
- NICOL. ¡Pero si Nino está aquí, cacho de bruto! (Se aparta para que le vea.)
- RUFO. ¡Re... salvao!
- SATUR. ¡Salvao na más!
- NICOL. ¿Quieres ser nuestro padrino de boda, Rufo?
- RUFO. ¿Ti casas con él?
- NICOL. Me caso, porque es más valiente que el Cide.
- RUFO. ¿Entonces tu madrastra...? (Acción de degollar.)
- SATUR. La he domesticao.
- TAR. ¡El aguardiente, hijo de mi alma! (La siguen lo smozos que entraron a beber. Don Jesús baja por la escalera.)
- NICOL. ¿Lo ves?
- SATUR. Tía Tarántula; ahura, ahura sí que puede usted afirmar que este es: *El Molino de la Viuda*.

Música.

TELÓN

Precio: TRES pesetas